

RUIZ DEL CASTILLO, Miguel. Granada, 21.V.1926 – Granada, 11.II.1996. Profesor de artes plásticas. Pintor. Escritor.

Hijo del pintor y profesor de dibujo Miguel Ruiz Molina, quien sin duda hubo de influir en su formación estética, desde muy joven sintió la vocación artística, la cual desarrolló especialmente en el campo de la pintura, si bien fueron notables sus aportaciones a la poesía granadina de los años cincuenta y sesenta. Fue profesor de dibujo artístico y técnico en varios institutos de Granada, en el colegio de los Padres Escolapios y en la Escuela de Artes y Oficios, compaginando su labor profesional con una activa presencia en la vida cultural granadina, de la que fue uno de los elementos más dinámicos y emprendedores.

Conocido familiar y cariñosamente en dichos ámbitos como “Miguelón”, tanto por su inconfundible aspecto de elegante hombretón como por su proverbial bonhomía, participó en cuantas iniciativas se forjaron en el mortecino territorio de la cultura granadina de posguerra: a partir de los primeros años cincuenta en el grupo *Molino de papel* y poco más tarde en *Versos al aire libre*, así como en el manifiesto *ARTESUR* (1958) y multitud de actividades relacionadas con la poesía y la pintura.

Aunque había publicado muchos poemas en revistas, periódicos y separatas culturales, no fue hasta 1978 cuando apareció su único libro, *Vivir*, cuyo poema capital, del mismo título, manifiesta un apabullante y combativo optimismo ante la existencia, convirtiéndose en una composición emblemática para toda una generación de poetas que se vieron obligados a superar las difíciles y oscuras condiciones para la cultura en España, en aquella época, y sacar adelante su proyecto creativo pugnando contra la indiferencia y la postergación cuando no la animadversión de la oficialidad ideológica.

Sobre este poema, que era conocido mucho antes de ser publicado en el libro de 1978, se han publicado gran cantidad de comentarios, artículos y glosas en distintos medios escritos. Por una parte, tanto la forma marcada por un ritmo vigoroso que incide con aguda insistencia en el verbo “vivir”, como el contenido que trasciende a la lamentación de una época gris para superarla en el afán poético y gozoso de la existencia, fervientemente reivindicado, se interpretó siempre como una especie de declaración de principios nacida en la misma intimidad del poeta, un a modo de autorretrato toda vez que esta composición coincidía y se ajustaba a la perfección con la manera de ser y entender la vida de Miguel Ruiz del Castillo: grande, generoso, abierto en bondad y optimismo hacia todos y sin recelo ni temor ante las incurias del destino, las cuales siempre serían vencidas, fuera cual fuese su índole, por la indomable voluntad del poeta de instalar en el más allá de los sentidos cotidianos toda su inquietud, realizándola en la sublimación de la creación artística, que es imperecedera. Otras consideraciones sobre el poema *Vivir* lo subrayan como un clamor indoblegable, un cántico arriesgado y triunfal de la vida, casi un desafío contra el miedo, la tristeza, el apocamiento y la melindrería moral que caracterizaba a los tiempos en que Miguel Ruiz del Castillo y sus compañeros de generación poética eran jóvenes y talentosos y, en consecuencia, sufrían la miseria intelectual de una sociedad sumisa a valores que eran el envés, la propia negación de los anhelos de aquellas gentes del arte. No es de extrañar que todos, en edad muy primeriza si exceptuamos a Elena Martín Vivaldi, algo mayor, fueran a congregarse en torno a un proyecto como *Versos al aire libre*, título aparentemente inocuo y redimido de toda sospecha por la presunción de inanidad ideológica de la poesía entendida como “adorno” del lenguaje, tal como la consideraban los celadores de la biempensantía oficial; un nombre que desde su sencillez constituía toda una declaración de beligerancia contra lo cerrado, irrespirable, tétrico y eclesial de las esferas morales y estéticas dominantes en la época.

Durante veinte años Miguel Ruiz del Castillo fue vocal de cultura del Centro Artístico, cargo desde el que organizó innumerables exposiciones de la mejor pintura granadina y de autores cuya obra fuera vinculada a la ciudad. La obra culminante y de mayor relevancia de esta dedicación fue la "Exposición permanente", abierta a diario y primer escaparate en el que pudieron exponer sus obras muchos pintores y artistas plásticos granadinos.

OBRAS DE -: *Vivir*, Granada, Diputación Provincial, 1978. Existen colaboraciones en distintas publicaciones poéticas, descatalogadas; *Molino de papel*, 1954; *Versos al aire libre*, 1955.

BIBL.: *Miguel Ruiz del Castillo, una vida diferente*, Editorial Ficciones, Granada, 2003, edición a cargo de Pedro Enríquez y María Bueno.

J. V. P.